

EL ÁNGEL

Nadie supo cómo había llegado, pero su presencia en el aburrimiento cotidiano del pueblo, no podía ignorar a un hombre joven sentado bajo el árbol de magnolia de la plaza, inventariando todo con mirada absorta de recién llegado.

Tampoco pasó desapercibido para el cura que lo encontró sentado en un banco de la iglesia, frente a un Cristo de tamaño natural, de capa roja y corona de espinas, donde el artista realizó el milagro de que ninguna gota de sangre corriera por su rostro ni expresara sufrimiento sino una dulzura resignada. Y que respondió a su saludo con una en una lengua extraña.

Tanto despertó su curiosidad que lo abordó cuando salía para descubrir que respondía a sus preguntas en un idioma donde predominaban las heces, enes, y emes, las que mezcladas a todas las vocales producían al oído un ligero efecto sedante. Escrutó al sol de la mañana a sus facciones agradables y no encontró rastros de pecado.

Los inmigrantes más viejos desempolvaron sus dialectos sin resultados, pero cada uno de ellos encontraba vagamente familiar los sonidos de esa lengua.

Pasaron los días y el vagabundeo turístico del forastero despertó sospechas en la reserva moral de la comunidad, alarmados por el desconocimiento de las razones que tendría este joven para permanecer en el pueblo y discretamente solicitaron al Jefe de Policía la averiguación de sus antecedentes.

Llevado a la comisaría ratificaron la imposibilidad de entenderlo y descubrieron que no tenía documentos que acreditaran su identidad, por lo que además de sus huellas digitales solicitaron al médico de policía un examen. El informe que elevaron decía: "persona de tez mate, nariz recta, frente despejada, cabello negro y lacio hasta los hombros. Como dato relevante se constata la ausencia de genitales y de vello púbico. No fue posible..."

"Carajo,-comentó el médico en el Club Social-, tiene la entrepierna más Lisa que cara de bebé".

Cuando el campanero dio una noticia al cura, este comentó asombrado: "como los Ángeles"

Y las fuerzas Morales se tranquilizaron porque la falta de sexo dejaba sin posibilidades la mayoría de los pecados. El Juez enterado de todo lo investigado y dado el carácter pacífico del sujeto, resolvió dejarlo en libertad bajo la condición de no abandonar el pueblo hasta ser identificado.

El forastero pasó a formar parte de las rarezas del pueblo y sus habitantes se dividieron entre los que desconfiaban de los diferentes y la compasión por un lisiado inofensivo de carácter apacible.

Al principio se hablaba en su presencia sin restricciones pero los más observadores notaron que no tenía el semblante perplejo de los sordos, sino que seguía las gradaciones del diálogo, por lo que llegaron a la conclusión de que entendía, pero no podía hablar más que en su extraña lengua.

Comenzaron a confiarle sus angustias y problemas y los más simples aseguraban que entendían sus palabras y que sentían una gran paz después de haberlas escuchado. Pero fue una madre la que comenzó todo, cuando exclamó luego de consultarlo: "tiene razón el cura, Ud. es un Ángel."

Y la denominación se fue transformando en convicción popular, creciendo hasta los pueblos vecinos, desde donde comenzaron a venir en ómnibus especialmente fletados para ver el Ángel, que sentado en un banco de la plaza, frente a la iglesia, escuchaba pacientemente a la gente.

Al principio, gracias al orden que se imponían los peregrinos, solo eran grupos que se reunían en la plaza charlando mientras esperaban su turno, pero cuando llegaron en malón los nuevos creyentes, los vendedores ambulantes levantaron sus puestos alrededor de la plaza y le dieron un aspecto de feria babilónica, donde podía encontrarse desde monitos manejados por cuerdas hasta chorizos a la parrilla. Los comerciantes locales protestaron al intendente alegando que ellos pagaban impuestos todo el año y los vendedores eran gitanos itinerantes presentes en todas las fiestas de los pueblos. La municipalidad y la policía se hicieron cargo del orden y los comerciantes vieron incrementado sus ingresos debido a que la multitud debía permanecer varios días antes de ser atendida.

El auge económico retardó un poco la creciente indignación del cura excluido del fervor religioso de este fenómeno de fe, agravado porque el ángel no pisaba la iglesia, no asistía a misa, ni hacía la señal de la cruz. Curanderos y manos santas los hubo y famosos en toda la costa, pero de ninguno se dijo que era el representante de la corte celestial, lo que ponía el asunto en vías de llegar hasta el Vaticano. Los habitantes del pueblo tenían una escala de valores que a veces eran transgredidas y mantenían el equilibrio comunitario a través de los comentarios y burlas más o menos ingenuas. Asimilando las perturbaciones, que se repetían con una regularidad de ciclos estivales, reducidas en definitiva a escándalos sexuales, económicos o políticos, que se desgastaban a través de las murmuraciones de comadres o chismes de café.

Al Ángel mientras tanto parecía no turbarle las multitudes que bullían a su alrededor y continuaba incansable con la misma rutina: escuchaba atentamente hasta que el consultante, terminaba su larga numeración de penas y dolores y colocaba una mano sobre su cabeza, lo miraba a los ojos y les hablaba en su lengua en voz baja.

Cuando comenzaron las peleas, el Ángel pareció reaccionar y esa noche desapareció del pueblo. Todos sintieron que habían perdido la suerte y comenzaron a reprocharse mutuamente. El primero en caer fue el cura por no haberle ofrecido a la iglesia o un lugar adecuado; luego el intendente, los comerciantes se pelearon entre ellos y terminaron discutiendo hasta en el seno de las familias.

Dos días después llegó la noticia de que estaba al norte en un rancho muy adentro de los montes. Cuando llegaron al lugar encontraron en la entrada de un sendero que se internaba en el monte, un grupo de hombres y mujeres amables y serviciales que informaban cómo se debía llegar al rancho donde atendía el Ángel, pero debían hacerlo solos y descalzos.

El sendero, claro y limpio, serpenteaba durante mil metros antes de llegar a un grupo de algarrobos a cuya sombra se levantaba una casa de paredes de barro y techos de paja.

Allí estaba él. Esta vez solo, sin la multitud vocinglera y tumultuosa. Esperando.

Iniciaban el camino sintiendo la tierra caliente y blanda bajo sus pies y recorrían un monte espeso cuyo silencio era bordado por el canto de algún pájaro y el chirriar de las cigarras, sintiendo a cada paso que la fuerza de los grandes árboles, era como una masa caliente que los iba despojando de todo lo que no fuera su espíritu en estado puro.

Cuando llegaban se sentían desnudos, sin defensas, dispuestos a confesar y a creerlo todo. La dificultad, en vez de desalentar a los creyentes no hizo más que incentivarlos y la muchedumbre siguió multiplicándose sin pausa.

Hasta que un día, en el apogeo de su fama, cuando las multitudes asolaban los campos vecinos como ejércitos sitiadores, el Ángel desapareció.

La muchedumbre asombrada e incrédula esperó. Pero cuando fue evidente su ausencia avanzó como marea a través del monte y tomaron como reliquia, primero primero el rancho, astilla por astilla y lo que no alcanzaron esos trofeos arrasaron la tierra que había pisado, las hojas de las plantas, las briznas de los pastos y hasta el agua de la bomba.

Cuando se fueron, una gran mancha de tierra desolada señalaba el lugar donde había estado el Ángel.

Y se fueron a sus casas, a esperar la llegada del próximo que tuviera el poder de escuchar.